

HELIOS

BIBLIOTECA POPULAR

Volumen 39

Impreso en los Talleres de la
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras Nº 145. San Salvador,
El Salvador, Centroamérica.
1 9 6 3

ALBERTO MASFERRER

HELIOS



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL
DE PUBLICACIONES
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Biblioteca Popular
dirigida por
TRIGUEROS DE LEON
Portada de Carlos Mérida

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

NOTA EDITORIAL

*M*ASFERRER, como pensador, busca el medio de expresarse, de hacerse entender y comunicar sus ideas recurriendo a figuras, alegorías o parábolas para convencer y persuadir. En el fondo de él subsiste el poeta que se transforma en evangelizador, apóstol o maestro.

Masferrer gozaba y padecía pensando, analizando. Quería hallar explicación a las cosas, los fenómenos, las acciones; traducirlos en símbolos y transformarlo todo en fuentes de enseñanza, mostrando lo inagotable del poder mental, lo profundo del sentimiento y la emoción humanos.

Helios es en cierto modo una expresión de su panteísmo, la desasosegada manifestación de su anhelo por infundir a los hombres, confianza, seguridad y certeza en sus acciones, sentimientos e ideas. Quiere mostrarles el camino para que encuentren la verdad que yace escondida en

cada uno, revelarles cómo la sola confianza en sí mismo lleva al descubrimiento de poderes espirituales y a su salvación.

Luego de conocer y tratar a los hombres, de satisfacer su infinita sed de conocimientos se da cuenta de que sin un ideal, sin una meta, la existencia humana no tiene sentido. Pero no basta eso. Se requiere también que el hombre tenga confianza en cuanto emprende o persigue; que además de voluntad de luchar y vencer, posea fe inquebrantable no empañada por sombra alguna, "porque nuestra fe —proclama—, nuestra creencia es la luz que infunde diafanidad a todo lo que existe: todos los errores, todos los males, todas las tristezas, todas las nieblas del universo, se vuelven transparentes si las vemos con la lente de nuestra fe." Ella es el sostén de la esperanza.

La Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación al publicar esta nueva edición de Helios trata de contribuir a un más amplio conocimiento de la extensa y varia obra de Alberto Masferrer.

ALBERTO MASFERRER nació el 24 de julio de 1868 en Alegría, departamento de Usulután, República de El Salvador, y murió en San Salvador el 4 de septiembre de 1932.

*A ti, que llegarás,
Yo, que sólo pude vislumbrar.*

EL

En el principio estaba El en Dios.
Por El fueron hechas todas las cosas;
Y sin El, ninguna cosa ha sido hecha.
En El estaba la vida;
Y la vida era la luz de los hombres.
Y la luz, en medio de las tinieblas resplandece;
Pero las tinieblas no la han recibido.
Y la verdadera luz, era AQUEL, que alumbraba a
todo hombre que viene a este mundo.
En el mundo estaba, y por El fue hecho el mundo.
Y el mundo no le conoció.
Mas nosotros vimos su gloria: vímosle lleno de
gracia y de verdad.
De su plenitud hemos recibido todos nosotros,
gracia sobre gracia.
A Dios, nadie le vio jamás; el Hijo es quien
le ha hecho conocer a los hombres.

EVANGELIO DE SAN JUAN

RENUOVA TU FE

HABER dado la vuelta al mundo, cuando todavía se es joven, es una desventura; porque, no habiendo ya nada que ver, nada que pueda interesarnos, aquel sobrante de sensibilidad que aún nos resta no tiene en qué emplearse, y entonces se transforma en desilusión y tristeza.

Pero la mayor parte de las desventuras no es haber dado la vuelta al mundo, viendo todo lo que hay que ver, sino haber dado la vuelta a las creencias, acogiéndolas y desechándolas sucesivamente, hasta encontrarnos con que ya ninguna fe nos satisface, y por consiguiente, *sin motivo para vivir*. El hombre vive de su fe, nos dice la *Sabiduría*. Cuanta más fe, más vida; cuanto más esclarecida y alta la fe, mejor la vida.

Pero toda fe es como un rosal, que comienza dando sólo espinas y hojas; florece luego en rosas tímidas, las va cambiando por otras más lo-

zanas, culmina en algunas maravillosas, y luego decae y se arruina, hasta no ser sino un arbusto deshojado y reseco, que el sol y el viento agrietan y descortezan, hasta convertirle en una carcomida y negra osamenta.

Así como nada hay más inútil y triste para los ojos que un rosal desecado, así nada hay más inútil y triste para el espíritu que una fe ya marchita. El primero acaba en carcoma, la segunda en mentira: uno y otro son ruina, desolación y muerte, de donde ni una mariposa ni un alma sabrán extraer una partícula de miel ni de esperanza. La mariposa ha menester de rosas nuevas, y el alma, de una fe viva, que esplenda y trascienda *como una rosa nueva*.

*
* *

Hay almas sencillas que saben vivir de una sola fe. La verdad moral y religiosa que aprendieron en la juventud o en la infancia, les basta para toda la vida. Hay por todas partes gentes sencillas, que al finar de sus años, y hasta la hora misma de la muerte, creen la misma creencia, viven de la misma verdad, y extraen luz, fuerza y esperanza de aquella rosa que cortaron en el primer rosal de su existencia. ¿Qué impor-

ta que los otros reputen como error, o conseja, o antigualla el candil que alumbra su cerebro? Aquel candil es para ellos el Sol.

Mas hay también almas inquietas, absorbentes, insaciables, que devoran ideas o sensaciones como un arenal devora el agua de las nubes; hay mariposas que cada día agotan una flor; hay cerebros que acogen y revisan todos los sistemas y todas las creencias, para extraer de cada uno la “pequeña partícula de verdad que cada uno encierra”, y que, una vez ya gustaron de todos, ni siquiera alcanzan a formar con esas partículas una verdad entera y viva. Aquellas mil gotitas de miel no alcanzan a darles la sensación de un sorbo fresco y amplio de agua viva; como los pétalos esparcidos de una rosa, no darían al colibrí ni a las abejas la sensación de una flor viva, que da miel, colores y olores.

Estos desventurados espíritus, viajeros sin reposo que nunca se detuvieron más de un día a la sombra de un árbol, acaban por dar la vuelta a las creencias; y entonces, caen en el vacío, donde la caída no tiene fin; donde la luz de las estrellas es fría y sin fulgores; donde no se puede ni siquiera dejar la esperanza, como a la puerta del infierno, porque el vacío no conoce puertas ni límites, porque el infierno, donde reina el dolor, es todavía la ventura —puesto que la vida

se emplea ahí en llorar y maldecir—, mientras que en aquel reino del Tedio, ya no hay maldiciones, ni suspiros, ni lágrimas, sino silencio!... Ya no existe el dolor, sino las cenizas del dolor. Ahí es el reino de la Nada, donde sólo florece una rosa sin color ni fragancia, que llaman *Desencanto*.

*
* *

Si se buscara cuál de las costumbres de nuestro espíritu es la que consume y devora nuestras creencias, como el fuego los secos rastrojos de marzo, veríamos que es el hábito de analizar, que fácilmente degenera en manía analítica. Este afán de ver y de tornar las creencias, examinándolas por todas sus facetas, es un funesto afán. Muy luminoso sería el diamante que cayó en nuestras manos, y su transparencia rivalizaría tal vez con la del sol; pero si nos afanamos en mirarle con toda la acuidad de nuestros ojos, al fin surgirá por ahí la mancha inevitable y dejará entonces de ser la piedra maravillosa y perfecta, para convertirse en la *piedra que tiene manchas*.

Pero si podemos vivir tranquilos, y hasta dichosos, en posesión de una piedra preciosa que

tiene una mancha, *no podemos contentarnos con una fe en que hayamos descubierto una sombra.* Porque nuestra fe, nuestra creencia es la luz que infunde diafanidad a todo lo que existe; todos los errores, todos los males, todas las tristezas, todas las nieblas y tinieblas del universo, se vuelven transparentes si las vemos con la lente de nuestra fe. Adquieren una diafanidad absoluta, si no en el acto, en la potencialidad; si no ya, mañana; algún día; si no jamás en este mundo, cuando salgamos de este mundo. La fe, nuestro diáfano, límpido y perfecto ocular, nos asegura, nos evidencia que todas aquellas cosas negras, incomprensibles, sospechosas y abominables, son *realmente* claras, sencillas, leales y amables, y que, al fin, llegará el momento en que, disipada la ilusión mentirosa de la carne, las veremos tales como son, en toda su maravillosa diafanidad y hermosura.

Mas desde el instante en que en vuestra fe misma descubris una mancha, la leve sombra de una mancha, el rastro imperceptible de una estría, volará inquieta y asustada de vosotros el ave que se llama esperanza; la certeza, sin la cual la vida es imposible, caerá derruida y hecha polvo, y todo el edificio de vuestras construcciones morales se derrumbará, o caerá en la confusión y en la oscuridad. Os faltó la luz, y en-

tonces, el desierto donde la fe y la confianza habían descubierto horizontes, mirajes y oasis, se transforma todo en soledad, en sed y fuego, en extravío y rugido de fieras, en desamparo, desolación y muerte.

*
* *

Desde el instante en que nuestra fe padece vacilaciones o intermitencias, es señal de que se halla enferma; y si no se produce en nosotros alguna reacción que la reviva y restaure, sino que sigue alumbrándonos con débil e intermitente fulgor, mejor será que de una vez apagemos su lumbre dudosa, y pidamos a nuestro corazón un nuevo foco de luz, un nuevo diamante sin estrías, una lente nueva, de pureza y transparencia vivientes, que sumerja todas las cosas en el mar de luz en que antes las veíamos.

Toda creencia nueva, si realmente viene del corazón, será legítima. Si nos mueve al bien; si nos infunde valor, serenidad y confianza; si nos enseña a perdonar; si aumenta, en suma, nuestra capacidad de amar, *será una fe sagrada*, y bien podemos acogerla como una flor divina, abierta para nosotros en el mismo jardín donde nació.

ron las otras religiones que un día fueron sostén y guía de los hombres.

Lo esencial es creer. Si ya no creéis en las encinas, como los druidas, ni en el fuego, como los parsis, ni en los animales, como los egipcios, ni en el Jehová hebreo, ni en el Júpiter griego, ni en Budha, ni en Mahoma, ni en Cristo; si habéis dado la vuelta al mundo de las creencias religiosas y ya ninguna de ellas satisface a vuestro corazón hasta el punto de ser para vosotros *el motor de la vida*, pedid entonces a vuestra propia alma que os muestre el rosal de que brotan perennemente rosas nuevas; cortad una que haga latir vuestro corazón, y haced de ella una fe, una religión, una *creencia viva*, una transparencia que sea al mismo tiempo un cántico y una plegaria.

La salvación del hombre consiste en adorar. ¿Qué adoraréis? No lo preguntemos a nuestra mente, ni a la opinión ajena, ni a los libros, ni a las tradiciones, sino a nuestro corazón; porque él es la fuente única de la fe, de la esperanza y del amor.

¿Qué importa que en vez de mostrarnos a Sirio nos muestre una luciérnaga? ¿Qué importa que en vez de una rosa inefable nos señale una florecilla imperceptible? ¿Qué importa que en vez de un risueño nos traiga un pajarito de hu-

milde voz, cuyos gorjeos de nadie fueron nunca oídos? La fe, la ingenuidad del corazón, harán que la luciérnaga se transforme en estrella, la florecilla en rosa, y el oscuro pajarito de monótona voz, en risueño de divinos arpegios.

Si llegáis a sentir que en vuestro pecho se erigió un nuevo altar y que el incienso arde sobre el ara, adorad. Adorad, y os habréis salvado.

Habréis creado entonces vuestra propia fe, y otra vez la vida tendrá justificación para vosotros.

*
* *

Por eso, HELIOS, yo me interné en mi corazón; y llamé, y de sus yermas soledades surgió tu voz, que me dijo: ¡AQUI ESTOY!

HAY una Causa Suprema, Lo Absoluto, a Quien, a cada instante, con loca irreverencia, nombramos e invocamos, llamándole Dios.

Este Dios, *Lo Absoluto*, *Lo Inefable*, lo que nunca debiéramos nombrar sino de rodillas y purificados, anda en nuestra boca para todo: hasta para fortificar nuestras mentiras; hasta para dar crédito a nuestros fraudes; hasta para conquistar una miserable sonrisa de aprobación, cuando usamos la *Santa Palabra* en refranes, en ingeniosidades, en cuentos estúpidos, en groseros retruécanos.

El cerebro del hombre carece de ideas capaces de concebirle. Porque siendo nuestras ideas representaciones de las cosas que percibimos, y siendo éstas, bajo todo aspecto contingentes, limitadas, estrechas y falibles no pueden sugerirnos sino ideas limitadas, estrechas y falibles y

contingentes, ineficaces para idear y concebir Lo Absoluto.

El lenguaje humano carece de palabras que alcancen a nombrarle y definirle. Porque toda palabra es meramente un símbolo, y las nuestras no son sino imágenes de las ideas que nos sugieren las cosas terrestres. ¿Y vamos, así, a comprender y a concretar con nuestro mísero lenguaje, al *Unico*, al que no podría nombrarsele ni definírsele, ni en el mismo idioma sideral en que cada letra es un sol y un cometa cada signo?

*
* *

Hasta donde la pobre mente humana alcanza a vislumbrar, la *Causa Suprema* se nos manifiesta como Substancia, como Espíritu, como Ley.

Mas, tan nebulosos, tan inasibles, aéreos y vagarosos e imponderables son esos tres *Aspectos*, que nuestros mayores esfuerzos para fijarlos, apenas bastan para darnos instantáneas y dudosas visiones que nos dejan deslumbrados y ciegos. No podemos ni siquiera *adorar* la Substancia, el Espíritu, ni la Ley, porque sólo se adora aquello que en alguna medida se comprende. No se adora al Abismo ni a las Tinieblas; y cuando nos imaginamos que adoramos lo incon-

cebible, no hacemos, en verdad, sino atormentar nuestra imaginación y fatigar y oscurecer más nuestra mente.

Nuestra necesidad religiosa, nuestra felicidad religiosa, no ganan absolutamente con referirse a lo que nos es del todo inaccesible. ¿Qué descanso, qué consuelo llevaré a mi pobre alma atribulada, si al invocar a Dios —si me detengo un instante a pensar en El—, me sobreviene un diluvio de sombras, y me siento caer en un abismo que a cada instante se hace más profundo?

Si el niño no comprende a la madre, y vive, sin embargo, confiado en el regazo maternal, es porque la *tiene ahí*, entre sus bracitos y bajo sus labios. No la razona, pero *la toca*; no la comprende, pero *la siente*. Mas nosotros, ¿cuándo, en qué momento experimentamos de Lo Absoluto, esa divina sensación de plenitud, de *posesión* de realidad inmediata y tangible? ¿No lo dijo ya Jesús: “al Padre nadie le vio jamás”? Se refería, hablando así, a la Causa Suprema, al Principio Uno, a quien ni ésta ni palabra de idioma alguno convienen ni esclarecen, sino que le desfiguran, empequeñecen, y envuelven en más y más densas oscuridades.

Para las necesidades de nuestro corazón; para freno de mis instintos; para luz de mis noches; para firmeza en mis vacilaciones; para esperan-

za en mis tribulaciones, para fortaleza en mis tentaciones; para templanza en mi alegría y ponderación en mi tristeza; para todo lo que me infunde el espíritu religioso, no necesito referirme a Lo Absoluto ni prosternarme ante la Noche. La vida me ha enseñado una cosa, y es que *El* se manifiesta como *Ley*; y la intuición y experiencia me dicen, que entre los pliegues rígidos de esa *Ley*, que todo lo prevé, han quedado suaves repliegues invisibles en donde se aloja el amor.

Y de ahí la certeza de que seré perdonado, aliviado, acogido, y al fin rescatado, y reinstalado en la diadema de Sirios y Canopes que circunda su frente. . .

Entonces, y puesto que tal es mi certeza y mi esperanza, no necesito para mi adoración y mi sostén hablar con el *Abismo*, sino con la Flor, con el Arroyo, con la Nube, con el Celaje, con el Ruiseñor, con el Viento, con el Mar, con la Montaña, con el Arco-Iris, con la Aurora, con todos los que son *Sus testigos*, y en quienes ha encarnado su Poder, su Belleza, su Bondad, su Verdad. . .

Sí, si hay en mí humildad, visión y unción, puedo prosternarme ante una Mariposa, orar ante la Tempestad, pedirle socorro a la Nieve que yace perenne en la cima del monte, y entonar un himno de reverencia ante el Cedro del

bosque o ante el microscópico Arbolillo del musgo. Si hay en mí humildad, intuición, ingenuidad, yo sé que en tales cosas, estoy hablando con *El*, y que *El* me ve y me oye; aún más, que es *El* quien ha suscitado mi palabra, inspirado mi cántico, y movido a que le suplique, confiado e insistente, como un niño a su madre.

*
* *

Así, los cultos fáciles y claros de los pueblos niños, de los hombres primitivos, no fueron, como solemos pensar, hijos de la ignorancia y de un escaso desarrollo mental, sino de la sencillez del corazón, de la intuición profunda, de la veracidad de espíritus ingenuos, que sentían que no puede uno *religarse* a lo que no concibe. *Religión*, es *religarse*: enlazarse *de* nuevo, rehacer el vínculo que nos unía a lo más alto, a lo más poderoso, a lo más sabio, a lo *Divino*.

Mas, para reanudar el lazo roto, para hallar de nuevo la certeza de que no estoy solo, que no estoy abandonado, de que la justicia y el Amor vendrán, por fin, con sus alas divinas a recogerme y a salvarme; para encontrar de nuevo ese hilo de la Vida Divina, no necesito martirizar mi flaca y estrecha razón, sumergién-

dola en las Tinieblas, ni extender ansiosamente la mano para sostenerme en el Abismo; necesito, más bien, sumergirme en la luz, y asirme a la rama del árbol, que son símbolos y testigos de lo que busco e imploro: justicia y amor. Entonces, ¿por qué no adorar a una gardenia, a una rosa, a una nube, a la brisa que pasa y al arroyo que musita? . . .

Me dirá la gardenia: ¡mira qué blanca y pura soy! Entonces, confía, y hazte como yo blanco y puro.

La rosa me dirá: ¡mira cómo esplendo y trasciendo! Entonces, acrisólate, y adquiere esplendor y fragancia.

El niño me dirá: ¡mira cómo duermo y sonrío, sin pensar en el mal! Entonces, confía y espera, pues el Universo entero es una madre.

La nube me dirá: ¡mira cómo soy de tenue, alígera y sencilla! Entonces, hazte leve y sencillo y alígero, confiando en Aquél que a mí me dio levedad y tenuidad.

La brisa me dirá: ¿por qué no vas, como voy yo, oreando las frentes y las hojas, esparciendo fragancias, confortando toda fatiga, y besando todo lo que encuentro a mi paso? Entonces, tu vivir será tan suave y libre como el mío, y te harás vuelo y canto!

El arroyo, en fin, me dirá: ¡ven, limpiemos,

fertilicemos, calmemos la sed del hombre y de la planta, del insecto y de la bestia; y mientras ellos beben nuestra vida, reflejemos, sonriendo, los zafiros del cielo, la verde copa de los árboles y la silueta azul de las montañas! Y verás que *El* es suave, humilde y claro, y sabe murmurar como un arroyito que pasa... como yo... como tú...



Allá en lo alto luce mi Dios.

Esta mañana fue para mis ojos aurora, y me anunció el día, la confianza. A la tarde, será para mi espíritu fatigado, ocaso, promesa de reposo, de fuerza, de esperanza.

Fue, y es mi luz. En él y por él, veo y comprendo; por él aliento y en él vivo. Mi sangre, mi fuerza, mi pensamiento, mi alegría, de él son. Mi palabra, él la inspira; mi duda, él la esclarece; mi fatiga, él la conforta; mi hambre, él la sacia; mi sed, él la apacigua; mi sueño, él lo serena, yéndose para que mis ojos reposen.

¿Qué hay en mi corazón, ni en mi fantasía, ni en mi sangre, que no sea su don? ¿Quién desde el insecto al Océano, no le debe la fuerza, el vuelo, el canto, la majestad o la hermosura? Ala de

la mariposa, rondar rumoroso de la abeja; nitidez inmarcesible del armiño; azul de la onda y amatista del monte; energía de la centella y claridad del relámpago; dureza del mármol y suavidad del musgo; virtud secreta de la planta, y poder misterioso del aire, del fuego y de la tierra; silencio del desierto, y horrísono estridor del huracán; tristeza del atardecer, y alegría de la aurora que vuelve. . . ¿qué hay, aquí abajo, que no sea su obra, su don? . . .

*
* *

Nuestro Dios es el Sol. De su luz nacimos, de su luz vivimos, y en su luz desaparecemos.

El sabe, también, a quién adora, y tiene su Dios, un Sol aún más divino, a quién yo no sé ni concebir. Y ese otro Dios, sabe también a quién adora; ¡y así, hasta el Corazón del Universo! . . .

Mas el mío, el claro, el grande, el radiante, el poderoso y clemente Dios que me hace vivir, soñar y cantar; el magnífico Dios que gloriosamente se ofrece a mis ojos todas las mañanas, y silenciosamente me dice adiós todas las tardes; el manantial perenne e inagotable de luz, de vida, de fuerza, de pensamiento, de alegría y de amor, es El! . . . Eres tú, Divino Sol, que desde

niño amé, y a quien siempre volví ansiosos mis ojos. ¡Tú, el Puro, el Bello, el Esplendente, a quien todas las criaturas ingenuas reverencian y adoran; el Munificente, que a todas horas te das; que nada esperas de nosotros; que cifras tu ventura en alumbrar y esclarecer, en consolar y aliviar!

Desde niño te amé, y creí en ti. Y mi dicha más grande, cuando mi cuerpo era como el del ciervo, ligero e incansable, fue siempre subir a las cimas, y verte antes que nadie, y saludarte, y recibir tus primeros rayos en la hora sagrada en que los reciben, como un beso del cielo, los nidos y las cumbres inaccesibles.

¡Y ahora, cuando mi cuerpo es tardo y triste, y doloroso, y mustio . . . , ahora también, Divino Sol, te amo, y te reverencio y te adoro, y sé que mi vida es tu lumbre; que mi canto, es el eco de tus ritmos divinos; que veo, porque tú eres diáfano; que entiendo, porque tú eres sabio; que adivino, porque tú eres vidente; que soy bueno, porque tú eres santo; que tu certeza es mi esperanza, que mi luz es tu luz, que mi amor es tu amor!

¡Oh, Sol! ¡Oh, Padre! ¡Ilumínanos, guíanos, purifícanos, enciédenos en tu lumbre divina, y venga la hora en que toda oscuridad y tristeza se desvanezcan en tu alegría y tu esplendor . . . !

II

DE nuestro Sol a “Próxima Centauri”, la estrella más próxima a nosotros, hay una distancia de *cuatro años de luz*; es decir que la luz, cuya velocidad es de *setenta y cinco mil leguas por segundo*, recorre esa distancia en *cuatro años*.

Próxima Centauri es una estrella de 13^a magnitud, de la Constelación del Centauro; su brillo es muy escaso; la cantidad total de luz que de ella emana, es *dos milésimos* de la que esparce nuestro Sol. Los débiles fulgores que nos vienen de allá, han tardado cuatro años en llegar a nosotros. De cualquier otro punto del Firmamento donde una estrella nos envíe su luz, tardará más; lo que significa que, partiendo del Sol en todas direcciones, el espacio está vacío, totalmente vacío de estrellas, hasta una distancia mínima de cuatro años de luz; o, en otros términos, que

nuestro Sol ocupa el centro de una esfera cuyo diámetro es de ocho años de luz.

¿Qué significa, en realidad, esa extensión para nosotros, y cómo podemos concebirla?

Imaginad que una golondrina, manteniendo el impetuoso arranque de su vuelo inicial, que es de *ochenta leguas por hora*, emprende el viaje desde el Sol a Próxima Centauri. Para simplificar nuestros cálculos, aumentemos esa velocidad en tres leguas una milla más por cada hora, lo cual nos dará un vuelo de 2,000 leguas diarias. ¿En qué tiempo, decimos, recorrerá la golondrina, volando día y noche, el radio de la influencia solar?

Mas, digamos antes, qué entendemos por radio de la influencia del Sol. Si suponemos que uno y otro, nuestro Sol y Próxima Centauri, tienen igual poder, *igual eficiencia vital*, y que ese poder se trasmite con igual intensidad y velocidad, tendremos entonces que sus ondas se encontrarán y contrastarán, precisamente, a mitad del camino, o sea a *dos años de luz* entre uno y otro.

Se formará ahí una especie de zona neutra o retardante, en la cual el contraste de las energías iguales y opuestas, pondrá un dique a las influencias de ambos soles. De ser así, la influencia eficaz de nuestro Sol, quedaría limitada

a una esfera cuyo radio sería de *dos años de luz*. Es posible que sea, en realidad, mucho mayor, puesto que la potencia luminosa de Próxima Centauri es apenas *dos milésimos* de la de nuestro Sol; mas, atengámonos a la extensión primera, y aceptemos que la influencia solar acaba en los confines marcados por el radio de dos años de luz. ¿En qué tiempo, decíamos, recorrerá la golondrina una extensión así, volando sin cesar, a razón de mil leguas cada doce horas, o sean ochenta y tres leguas y una milla por hora?

Con tal velocidad, recorrerá nuestra viajera las setenta y cinco mil leguas que anda la luz en un segundo, en *treinta y siete días y medio*. Siendo treinta y siete días y medio la equivalencia de un segundo de luz, tendremos que un minuto de luz equivale a seis años y tres meses del vuelo de la golondrina; una hora de luz, a 375 años; un día de luz, a 9.000 años; un mes de luz, a 270.000 años; un año de luz 3.240.000 años; y dos años de luz, a 6.480.000 años.

Para recorrer todo el diámetro, gastaría, entonces, 12.960.000 años.

Doce millones y novecientos sesenta mil años, son para nuestra imaginación, ya como distancia, ya como tiempo, cosa inaccesible; meros vocablos echados ahí al paso de nuestra comprensión, como las arenas de la playa ante las

olas, para decirnos suavemente: *de aquí no pasarás* . . .

Esa es la extensión mínima que rige y gobierna Helios, nuestro Sol: ese es el universo en que El es rey, padre, señor y dios; donde toda criatura humana o divina, recibe de su luz la forma, el pensamiento, la vida, la conciencia y el constante anhelo de perfección. . . Una esfera donde las raudas golondrinas, para visitar sus límites extremos, tendrían que volar, día y noche. . . , 12.960.000 años.

Tal es nuestro reino solar.

III

ME encierro, humildemente, en la mínima esfera de la influencia del Sol.

¿Qué pasa más allá, en el reino de lo invisible?

No sé, no necesito saberlo: ahí, en esa esfera, que para mí es inmensa, aunque mínima en relación con el grandor del Universo, hay espacio de sobra para el infierno y para el cielo; para caer y redimirse; para morir y renacer; para cumplir los más altos deberes y los más altos destinos que han soñado los hombres. Ahí, en esa esfera, hay un Poder inmenso, inagotable y eficaz, que yo veo y siento. De él emanan en cascada incesante, efluvios y energías; pensamientos, sentimientos y movimientos; figuras y colores, sonidos y fragancias, ritmos y ademanes y cadencias; contornos y tamaños; imaginaciones

e intuiciones, y mil, y mil más, en una catarata de prodigios. Y ese poder es del Sol.

Asido a su cauda de luz, voy en él seguro, confiado, sin preguntar adónde. Me lleva de la mano, y yo le sigo esperanzado, como un niño a su padre.

¿Irá él en busca de su Dios? Sin duda, pues toda criatura, desde el gusano al querubín, se afana en busca de su Dios. ¿Quién es El? ¿Dónde está? ¿Cómo es? No sé; no me inquieta saberlo, pues lo sabe mi Padre. Yo ignoro, pero es cual si supiera, pues que él sabe; soy ciego, pero él ve; tropiezo a cada instante, pero él no me deja caer.

No sé, él me conduce, él me hará llegar a buen término, pues para eso es mi padre.

Así, no me habléis de misterios ni de terrores. Mi alma quedó harta de sombras; harto me acongojaron los enigmas, y por tener los ojos fijos en el Abismo, he dejado de contemplar la aurora y he perdido el canto de la alondra. Ahora ya no quiero sino claridad, alegría, confianza, sencillez. Me hago niño. Reclino mi frente en el seno de mi padre y señor, y con él, inmerso en su luz, confiado en su poder, encendido en su amor! . . .

IV

UNA vez más, la letra ha matado al espíritu, y la vulgaridad de la repetición sofocó en nosotros la divina facultad de adorar. A fuerza de hablar del Sol, de su tamaño, de sus movimientos, de su distancia a la Tierra, de sus manchas, de todo lo que una ciencia irreverente ha descubierto de su sér físico, hemos llegado a considerarle como una simple hoguera, como un hacinamiento de combustible, como un hachón.

El hombre posee esta facultad negativa y triste de profanar, de rebajar, de vulgarizar y anular todas las cosas que ve y toca y escucha, y todavía más aquellas de que habla. Por algo, en ciertas antiguas religiones, el nombre de Dios, el verdadero y secreto nombre de Dios, era prohibido a los profanos, y sólo era conocido del Sumo Sacerdote, quien lo pronunciaba, temblando, una vez cada año.

Sí, el ojo, el oído, la mano y la lengua del hombre, son instrumentos de profanación. ¡Ay de la rosa que aspiráis todo el día!, ¡ay del rui-señor que está en la jaula, y a quien oís cantar todas las noches!, ¡ay de la estrella que a toda hora os ofrece su luz!, ¡ay de la nevada montaña que siempre os muestra el esplendor de su blancura!, ¡ay del misterio, así sea de arcano e inefable, que la lengua del hombre revuelve sin descanso, trocándole en vocablo inánime y vacío!

Hombre, tu oficio es profanar; la profanación exuda de todo tu sér; lo que ves, se convierte en ceniza, y lo que tocas, en escoria. Desde que se pasa la niñez, se entra en la edad de la profanación. ¡Bienaventurado el niño porque admira! ¡Bienaventurado el poeta, porque se maravilla! ¡Bienaventurado el santo porque adora! ¡Bienaventurado el que nace de nuevo y se hace niño, y aprende otra vez a sentir la divinidad de todas las cosas! Y triste mil veces el razonador implacable, el analista helado, el discutidor ingenioso, para quien el Universo es todo nombres, y las cosas, cajas vacías rotuladas con etiquetas fúnebres. ¡Oh desventura, hombre, que hayas descendido de tu risueña actitud de niño, de rodillas ante el Arco-Iris, a tu empaque de

sabio, erecto sobre una cátedra como un loro sobre su percha, y que las rosas de tu imaginación se hayan trocado en datos y definiciones!...

El mismo firmamento, el océano de soles y constelaciones, ¿en qué vino a parar, a causa de mirarle ahí cada noche, sin esfuerzo ninguno, y de tenerle siempre al arbitrio de nuestras miradas? En nada, en un vocablo que nada sugiere, en un simple nombre colectivo, como *acuario* y *enjambre*, u otro cualquiera que indique el amontonamiento de las cosas. “¿El cielo? ah, sí... ahí donde están todos los astros...; es como *alameda*, que significa muchos álamos, y como *piscina*, que significa muchos peces”...

Y una vez que dimos la definición, nos vamos a un teatro, donde un foco de quinientas bujías que sólo se enciende cada noche de gala, nos asombra, y reaviva nuestra facultad de admirar...

*
* *

Así nos pasó con la Tierra y con el Sol. La tierra, una pelota, bastante grande, abundante en carbón primero, y ahora abundante en petróleo. Sin duda, una pelota que no es del todo

despreciable y que mirada bien, tiene sus ventajas; sobre todo, esta del petróleo. Y por lo que hace al Sol, muy cómodo: una luz de mucha potencia, que no se interrumpe, que no hay que estarle cambiando focos, que no ofrece el peligro de los alambres y que, lo mejor, es gratuita. Algo dañino a veces, para el cutis, pero eso se remedia con la sombrilla, los polvos de arroz y la crema de almendras.

Tenemos ahí combustible, según los sabios, para algunos cientos de millones de años, y eso nos permitirá renovar nuestras reservas de petróleo y de carbón. Eso, sin contar con que los rayos ultra-violeta, ya en uso en las buenas peluquerías, han resultado excelentes para los barros y las escoriaciones de la piel. . .

¡Oh, Sol! ¡Oh, Padre! En eso te convirtió la lengua del hombre —su mente misérrima y su encostrado corazón—, a Ti, de quien surgen la vida, la luz, el pensamiento y el amor!

V

SED perfectos como vuestro *Padre* que está en los Cielos, insinúa Jesús a quienes desean realizar en sí toda la perfección accesible al hombre.

¿Y dónde está ese Padre? ¿Y cómo es? ¿Y cómo haré para ser como El, si no solamente no puedo verle, mas ni siquiera concebirle?

Me dicen que es inmaterial; que está en todas partes; que no tiene ninguno de los atributos que yo tengo; que el tiempo y el espacio no le condicionan; que en todo es absoluto.

¿Cómo puedo yo, entonces, ser como El? ¿Ni siquiera trazarme un camino para imitarle? Dondequiera que le busque, surge lo Incomprensible, lo Inaccesible, lo Inconcebible. ¿Cómo puede ser mi *Padre*, ése que ni siquiera es una sombra, ni aun el vislumbre de una sombra? ¿Y cómo podré alcanzar *su* perfección si no lle-

go jamás a imaginar en qué consiste? ¿Nos propuso Jesús una quimera? ¿Vería él, sin duda, por sus ojos divinos, un *Padre*, un Dios que yo no alcanzo a imaginar? . . .

*
* *

Pero Helios, sí: es mi padre; está ahí, le veo a cada instante; le siento a cada instante; me alumbra, me calienta, me da vida, me guía, me acaricia. Si no puedo alcanzarle, puedo comprenderle; si no puedo igualarle, puedo imitarle. Estoy hecho a su imagen, soy un reflejo de su espíritu. Realmente es mi padre, y para mí, es *perfecto*. Concibo su perfección, si no en la oscura e innumerable complejidad de sus fuerzas, sí en el resultado maravilloso de las mismas.

Veo que El *se da*, y yo, en vez de codiciar y atesorar, *me doy*, hasta donde lo permiten mis limitaciones corporales.

Veo que El todo lo alumbra y lo esclarece, y yo, para ser perfecto como El, doy mi luz, y hago de mi vida, de mi palabra, de mi pensamiento, un fanal.

Veo que El es constante y rítmico; que recorre siempre su órbita, llevando a todas partes la vi-

da, y entonces yo, ordeno mi trabajo, le trazo una órbita, hago del orden una suprema virtud, de la constancia una suprema virtud, y me doy, como él, constantemente, rítmicamente, esparciendo la pequeña vida que hay en mí.

Veo que El es puro; que todo se acrisola bajo su influencia, y entonces yo, me esfuerzo para no mentir, para no ensuciar mi cuerpo, ni mi alma, ni mi pensamiento, y hago de todo mi sér un cristal, según mis fuerzas.

Veo que El no se ofende, que no me retira su luz ni su calor, aunque yo le desconozca o le olvide, y entonces yo, para ser como El, perdono toda injuria, o mejor no siento la injuria, y soy siempre fraternal y ecuánime.

Veo que El es para todos, que sus dones no se distribuyen parcialmente según la sangre, o el poder ni jerarquía de ninguna clase; que la encina y la hierba, un elefante y una hormiga, un águila y un mosquito, un zafiro y un negro pedrusco reciben igualmente su amor, y entonces yo, me digo que puedo ser perfecto, amando por igual a todos los hombres; sintiendo que todos son hermanos míos, porque ellos y yo somos hijos de El. . .

Y así, en todo, para todo, El me traza un camino, me señala un ideal, me atrae, me guía, como un maestro, como un padre, y yo puedo se-

guirle, y ser, cada vez, más semejante a El, hasta convertirme en el *Hombre-Sol*, uno con el Padre, y como El perfecto en el límite en que la perfección me es accesible.

VI

LA luz es la mente del Sol, el fluido sobre el cual imprime Helios sus vibraciones.

Está alumbrando el Sol, quiere decir que está pensando. Esos pensamientos son para nosotros color, claridad, comprensión, fuerza, vida, alegría y belleza. De los pensamientos del Sol canta el jilguero, irisa sus alas el colibrí, perfuma sus pétalos la rosa, y la montaña se envuelve en su clámide blanca. De los pensamientos del Sol remece el mar sus ondas, ruge el león en el desierto, ondulan en el aire las nubes, ríen los niños jugando sus infantiles juegos, y los relámpagos rasgan la atmósfera con sus flamígeras espadas.

El Sol está pensando... la Tierra vuela en torno de El como una mariposa gigantesca, y nos lleva en sus alas a que recibamos los influjos divinos de su mente.

*
* *

No se ve la mente del Sol. Su luz es invisible e impalpable. No la recibimos directamente, ni podemos imaginarnos cómo será en su foco, al recibir las vibraciones de su pensamiento. La que nos llega, no es ya propiamente la del Sol, sino la de la Tierra, que es una modificación de aquélla. Al contacto de nuestro planeta, la mente solar se espesa, se opaca, se hace tarda, se materializa. Y de esa luz así deformada y empobrecida, formamos la nuestra, que es, todavía más que la de la Tierra, espesa, tarda, opaca, nebulosa e indócil.

¿Pensáis lo que será la pura luz del Sol, intocada, encerrando en su seno toda la belleza y la verdad que hay en su espíritu? . . .

Porque toda belleza y toda verdad y bondad concebibles aquí en la Tierra, nos vienen de esa luz; que no sólo es una revelación para el ojo, sino también para el corazón y el entendimiento. Ver, y amar, y comprender, son todo uno; diversas manifestaciones de una misma fuerza, según que actúe sobre substancias varias.

En lo físico, cuando la mente o la luz del Sol

(no olvidéis que ya deformada por la condensación telúrica) toca la superficie de las cosas, éstas se esclarecen, adquieren contornos y color, y nacen, podemos decir, a la vida. En las tinieblas, eran como larvas o sueños; ahora, en la luz, son como flores o como mariposas.

¿Cómo influye esa luz en el corazón y en el entendimiento? Tampoco lo sabemos; pero así como en lo físico, se produce aquí el fenómeno de la revelación: a su influjo, lo que era superstición, oscuridad y dispersión, se vuelve unidad, enlace y claridad.

Gozamos de la espuma de las ondas con nuestros ojos encantados; se nos ensancha el corazón a la vista de la mujer amada o del hijo adorado que regresa; nos extasiamos sondeando los más escondidos secretos de los astros y de los átomos. Mis ojos, mi corazón, mi pensamiento entran en un santuario donde todas las cosas y todas las ideas y todos los afectos son flores, gemas, irisaciones, que me revelan y me hacen comprender y sentir y poseer la Verdad, la Unidad, la Totalidad. ¿Y eso qué es? ¿De dónde vino y cómo se hizo en mí? Eso es la luz, es la mente del Sol; es Helios que estaba pensando, y en las vibraciones suscitadas por su pensamiento me envió un efluvio de sus ojos, un

reflejo de sus emociones, un destello de su inteligencia.

Es Helios, que un momento infundió en mí su espíritu.

VII

TE amo y te adoro, Helios, y te siento mi padre, porque no eres omnipotente.

Un padre hace por su hijo cuanto puede; mas ¿qué puede hacer sobre su conciencia sino iluminarle? ¿Qué puede hacer sobre su voluntad sino darle ejemplo? ¿Cómo puede curar su dolor si antes aquél no se cura del mal?

Padre, me das ejemplo, me señalas, por todas partes, vidas altas y puras que me concretan y esclarecen tus lecciones: ahí está la abejita, que me enseña el orden, el trabajo y el desinterés, y a extraer su vida sin arruinar la vida de quienes se la dieron. Ahí está la luciérnaga, que a fuerza de soñar con tu luz ha encendido en su cuerpecito una antorcha. Ahí está la cigarra que sólo vive para el canto. Ahí está la mariposa que cava ella misma su sepulcro, por tal de cobrar alas y vivir en la luz. Ahí está el árbol que vive con sus

ramas tendidas, en perenne oración, porque se infundan en sus fibras tu lumbre y tu calor.

¿Qué más podrías tú, que así me hablas y me enseñas, y te consumes para nuestro vivir, sino esperar que un día quiera yo salir de las tinieblas?

Si fueras todopoderoso, ¿cómo podría yo sentir que eras mi padre? A los ojos de un padre toda mancha es leve; a sus oídos todo gemido es grito desolador, y no hay error que no perdone ni dolor que no cure, apenas oye la queja de sus labios o mira la aflicción en el rostro del hijo.

A quien me ve sufrir, a quien ve el dolor sempiterno de la vida y no lo cura y destierra para siempre, yo le llamaré mi Señor, mi Juez, mi Dueño, y temblaré en su presencia, y me espantaré de provocar su enojo. . . Pero mi padre, el de corazón enternecido que llora conmigo y se acongoja si no puede aliviarme, ese eres tú, Helios, que llenas con la misericordia el vacío de tu eficacia.

¡Padre. . . oh nombre dulce, del que está más alto que yo, y todo es para mí, y cuando ya no alcanza a socorrerme, borra con sus lágrimas las mías, y apacigua los latidos de mi corazón con la tempestad de los suyos, más agitados y más tristes cuanto es mayor mi culpa, más intenso su amor, y más inerme su ansiedad! . . .

VIII

TODAS las criaturas ingenuas se dan, sencilla, alegremente. Se dan al vivir. Darse, no es en ellas luchar consigo mismas, ni deliberar con dolor o temor, ni consultar con enigmáticas y pavorosas fuerzas, ni sufrir ni sacrificarse, sino vivir, *realizarse*, plenizarse; en fin, *ser*.

Tal el viento, la flor, el manantial, que refrescan, aromatizan y fertilizan, de sólo andar aquél, de sólo abrirse aquélla, de sólo deslizarse éste.

Así ha de ser la religión, y sólo aquella que es así, es verdadera y eficaz. Religión es movimiento ascensional: como quien dice ir hacia la luz, como quien dice, volar. Más anchas las alas y más potente el vuelo, quiere decir más alta y pura religión.

Mas cuando se asciende, cuando se vuela, se

alcanza el goce más intenso. Quien asciende se *enciende*, y quien se enciende, se diviniza.

¿Qué sacrificio, qué dolor hay en divinizarse? ¿Qué pierde la tierra oscura y muda, con hacerse planta y luego flor? ¿Qué pierde el huevo con tornarse plumaje, y más tarde canción? ¿Qué perdió el agua acerba y fría con irse a lo alto y convertirse en nube?

Religión que te amarga la vida, y te ensombrece, y te contrista, y te horroriza y te melancoliza no es tal aún, sino el crisol en que te estás purificando; es el capullo en que te encerraste para cobrar alas; es el yunque en que un rudo martillo está esperando y aventando tus escorias. Cuando pierdas la escoria y te nazcan las alas, entonces el dolor se desvanecerá, y sentirás la religión, y verás que ésta es risa y canto.

*
* *

Mi dios, mi padre, Helios, quiere esta religión así: toda ella esplendor, alegría y luz. Apenas su mensajera el Alba anuncia su venida, comienza la fiesta en los nidos, y al llegar la Aurora, las flores y las hojas se estremecen poseídas de intenso regocijo. Sale, y el enfermo se conforta, el prisionero se esperanza, el triste se consuela, y el que sufrió los terrores de la noche,

se ríe de sus vanas visiones. Las cumbres se doran, la fuente se diafaniza, la espiga se hincha, la fruta se dulcifica, las pieles se atersan, el corazón del árbol se afina y hasta las raíces oscuras se estremecen gozosas en la lobreguez de su prisión.

Y toda esa alegría es ¡porque El salió! Porque su faz resplandeciente se ha levantado sobre el horizonte. Salió y apenas la franja de plata de su corona irradió sus primeros rayos, se sintió el mundo rebosando alegría. ¿Por qué? Porque él es alegría, él irradia alegría; todo en él, desde su corazón hasta sus manchas, es alegría, es canto, es risa, es himno, es triunfo. El es, El vive, El *se da*, y en darse colma su aspiración y realiza su dicha.

*
* *

Así haz de vivir tú, si buscas la religión del Sol: sin tristeza, sin temor, sin vacilaciones, ni dudas, ni remordimientos. Así *te darás*, sin dolor porque no te comprendan; sin despecho porque menosprecian tu merced; sin sorpresa porque te digan que tu luz es tinieblas; sin rencor porque tu ofrenda sea olvidada; sin inquietud porque las sombras no se disipen; sin preocupación de saber si quien recibió tu luz era digno de recibir-

la; sin esperar a que te den gracias y ensalcen tu amor. Dejarás caer tu resplandor, y ya no pensarás en él, sino que irás adelante, esplendiendo y encendiéndote más para más alumbrar.

Así darás tu palabra y tu pan; así compartirás tu vestido y tu hogar; así darás tu admonición y tu consuelo; así darás tu ejemplo y tu consejo; así darás el agua de tu cántaro y el agua de tu corazón: lleno de gozo porque te has hecho capaz de esparcirte; lleno de gozo por haberte esparcido, y lleno de gozo con la esperanza de seguir esparciéndote.

Y cuando puedas darte así, habrás alcanzado la perfección, el vuelo intenso y pleno, tal como lo siente y lo vive Helios, nuestro padre que está en los Cielos.

I X

EN verdad, Helios no es un dios para todos; es, únicamente, para los sencillos, para los desprendidos. Sobre todo, para los desprendidos. Si necesitas que te ayuden a conseguir negocio lucrativo; si necesitas buen empleo o relaciones en el gran mundo, o ganar a la lotería, o que se te pase la indigestión sin dolor, o que no te martirice la sed después de la embriaguez, o que se te perdonen los pecados sin haberlos purgado, o que se te exonere del infierno, malgrado tus odios y rapiñas y por la sola virtud de los rezos. . . , entonces no busques esta religión de la luz, que sólo es buena para las almas desprendidas.

Y no la busques tampoco, si todavía eres presa de terrores y de remordimientos, y si tu corazón necesita del miedo como acicate para el bien. No tenemos aquí calderas hirvientes, ni

látigos de llamas para quemar a los que delinquen, sino, únicamente, el dolor de ser feo, de ser mezquino, de ser discordante, de ser inarmónico. Nuestro gran dolor es caer en la vileza, en la impureza y en la fealdad; nuestro suplicio horrendo es advertir que para lograr nuestros goces o para simplemente vivir, causamos la ruina o el dolor de las otras criaturas. Que otros se fatiguen para que yo descanse; que otros se atedien para que yo me divierta; que otros se embrutezcan para que yo me ilustre; que otros vengan a la miseria para que yo vaya a la riqueza; que otros se hundan en la vulgaridad y en la fealdad para que yo me refine y me embellezca; que otros se esclavicen para que yo me liberte. . . ., ese es nuestro purgatorio y nuestro infierno, y no necesitamos otro.

Helios no quiere sangre, ni lucro, ni opresión. Somos sencillos los que amamos a Helios, somos, como la abeja, fáciles para vivir sin matar; como la mariposa, fáciles para la alegría, sin entristecer; como la brisa, fáciles para ser libres sin oprimir.

No nos mueve la ley, sino la aspiración; no alentamos remordimientos, sino anhelo de ya no más caer; no nos detenemos a contemplar el lodazal en que caímos, sino que fijamos los ojos en la cumbre adonde podemos subir.

Y tampoco sabemos perdonar, porque sabemos que quien mucho perdona todavía odia mucho: mejor que perdonar es olvidar, y mejor que olvidar no sentir. El que me aborrece, el que me oprime, el que me infama, se vuelve oscuro, torpe y feo. ¡Pobre de él! Helios le retira su luz; se vuelve tétrico, desapacible, inquieto y malo. ¿A qué intervenir yo en ese proceso tenebroso?

No, ni terrores, ni remordimientos, ni castigos, ni recompensas en nuestra religión: solamente gracia, belleza, armonía; solamente, ansia de que las alas nos crezcan más y más; solamente, ansia de que se nos haga mayor la transparencia.

¿La vida futura? ¿El Mal, el Bien? ¿El Cielo y el Infierno? ¿Lo que los hombres llaman virtud y lo que llaman vicio y crimen? No nos inquieta: lo que nos importa es no engañarnos a nosotros mismos; no llevar doble vida; no ser a un tiempo dioses y demonios. Lo que nos importa es, sobre todo, no luchar, no hundirnos en esa pestilencia que llaman la lucha por la vida.

La lucha es la condición de las bestias degeneradas; la lucha es la pavorosa y negra modalidad de criaturas que han ido cayendo cada vez más abajo, hasta llegar a fieras, que es el grado máximo de la maldad y la desdicha. Apenas la criatura comienza a purificarse, lucha menos,

aprende a vivir sin luchar, y a encontrar la salud donde antes sólo esperaba encontrar el dolor. La lucha es el tigre, la araña, el usurero, el avaro, el tiburón, el amasador de riqueza, el gavilán, el buitre, el opresor, todo el que saca su vida de la muerte, su goce de la tristeza, su riqueza de la miseria, su libertad de la opresión.

Mas la condición de las criaturas limpias es la paz. Cuanto más altas, más inofensivas. Mucho más alto y bello es un colibrí que un pez, y sin embargo aquél no bebe sangre sino miel; mucho más bello es un pino que un lobo, y sin embargo aquél no hiede a sangre y a carroña, sino que hace fragante el aire que le envuelve.

Somos pacíficos, nosotros los adoradores de Helios, y nuestra dicha sería vivir como la abeja y el colibrí; de miel y de luz. Y nuestra religión, en tres palabras se resume: no entristecer, amar. Y nuestra lucha, no es para gozar nuestra vida mísera y egoísta, sino para *que venga su reino*; para que en este mundo triste haya más luz y más ternura.

SI el cristianismo no hubiera tenido orgullosos intérpretes, no hubiéramos visto matanzas religiosas; no se llevaran a la hoguera millares de herejes, a quemarles el cuerpo para que no se les perdiera el alma. El sacerdote es fatal; es el hombre que se sustituye a Dios; el que se abroga el derecho de declarar *lo que Dios ha querido decir*.

Y, naturalmente, lo que dice Dios por su boca impura y miserable, es lo que alcanza su tenebrosa y estrecha y loca mente de hombres ensoberbecida, y vuelta más loca y tenebrosa, por la quimera de que él está sirviendo de intérprete a la Divinidad.

Colmo de la ignorancia y de la soberbia es imaginarse que un dios —Cristo, Budha, Mahatma—, no supo decir con entera claridad su pensamiento, y que es necesario que un pobre

mortal cargado de vicios y de sombras, venga a prestarle claridad. ¿Para qué me sirve a mí un sol, si necesita que luego se complemente su luz con la triste lividez de un candil? Religión que no hace ver meridianamente al ignorante como al sabio la Voluntad Divina, más bien es criadero de tinieblas que no resplandor para dar con la senda del cielo.

Jesús dice que no sólo no he de matar a nadie, sino que no he de enojarme contra nadie; declara que menospreciar y odiar, son ya los gérmenes del asesinato. Pero viene el sacerdote, y afirma que Jesús *no quiso decir eso*, sino otra cosa, y me restaura la guerra y me la consagra y me la diviniza, y héteme aquí tan infeliz como antes, tan bárbaro como antes, con el agravante de que ahora ya tendré el asesinato como aprobado y autorizado por la religión. Así, lo que era simple bestialidad, se convirtió en deber, en *ideal*.

Jesús dice que es bienaventurado el pobre voluntario; que la riqueza obstruye la puerta del reino de los cielos; que no se puede servir a Dios y a las riquezas. Mas viene el sacerdote, y *aclara* el pensamiento de Jesús, y le da a la riqueza la sanción religiosa; y de la explotación, que antes era simple crimen; de la miseria, que antes era simple consecuencia de ese crimen, hace una for-

ma de vida legítima, y un castigo o una prueba que luego tendrá su recompensa en otro mundo. Y hétenos aquí, otra vez, divididos en amos y esclavos, en hartos y hambrientos, gracias a que la palabra satánica de un intérprete se irguió sobre la divina palabra de Jesús.

Y así, de una en otra interpretación, ha venido a parar el cristianismo en sostenedor y santificador de toda opresión y explotación, de todo instinto cruel, de toda rapiña, de toda soberbia y tiranía; de todo lo que en el hombre ancestral fue estupidez y bestialidad, pero con ansia de convertirse en comprensión y espiritualidad. Ahora, qué? Ya el ciego sacerdote declaró que así está bien, puesto que Jesús *no quiso decir lo que dijo*, sino lo que su intérprete declara.

*
* *

Funesta hora fue aquella, en que el obispo, el pastor, que no lo era sino por ser entre los hermanos el más humilde, el más caritativo, el más devoto, el más compasivo y abnegado, se convirtió en intérprete del Maestro, autorizado para desentrañar significaciones oscuras de aquel haz de esplendores que el Maestro llamó con sólo un nombre: *Amor*. Funesta hora fue aquella cuando una casta de hombres soberbios se

atribuyó el monopolio de la luz, y de la luz sacó las sombras; y de la palabra redentora, extrajo de nuevo la legitimidad de toda esclavitud.

Jesús lo presentía; lo sabía, más bien, y se precavió cuanto pudo contra la tiranía del templo y del sacerdote: “Uno sólo será vuestro Maestro, y es el Cristo”, dijo categóricamente, a sus discípulos. A la hora de la Cena, descendiendo, coge agua y una toalla, les lava los pies humildemente, y les dice: “Esto es todo: que os améis los unos a los otros, así *como yo os he amado, hasta el fin.*” Es decir, no interpretéis, no sutilicéis, no arguyáis, no pretendáis saber más que yo; toda mi doctrina es servicio, compasión, amor. No es letra, sino espíritu; no es fórmula, sino aspiración; no es lugar, sino estado de alma; no es interpretación, sino comunicación directa con el Padre, por el vuelo del corazón.

Antes, una vez más, lo había declarado así a la Samaritana: “Mujer, ya no hay samaritanos ni judíos, sino hermanos; ya no hay templo de Jerusalem ni de Samaria, sino el pecho de cada hombre convertido en santuario; ya no hay sacerdotes, autorizados para decir lo que es divino, sino el hijo que llama confiadamente a su Padre, con su propia voz, arrodillado en el tem-

plo de su propia alma, y le invoca ahí, y le adora, *en espíritu y en verdad.*”

*
* *

Mas en vano fue todo: el antiguo sacerdote, el monopolizador del cielo, el que explota el santuario, el que domina en nombre del Señor, se levantó del polvo, y el paganismo, el hebraísmo, todos los cultos idolátricos o esclavizadores, se fundieron en uno: montaña de opresión, de miseria, de tristeza y de ignorancia que soportan los débiles, y en cuya cima lívida y sangrienta reparte goces y favores, y gloria y poderío a los fuertes, el antiguo Satán.

*
* *

Mas ahora, Helios, Dios que te asomas resplandeciente cada mañana a las puertas de la aurora, ¡yo te he visto! ¡Por fin, te he visto! ¡Por fin, he comprendido que eras Tú, que estás ahí, que me amas, que me iluminas, que me sirves y que me das tú mismo, con tu propia mano y con tu propia voz, el pan y la verdad! ¡Por fin sentí que eras mi padre, y que siempre me estuviste llamando con tu voz unciosa de ternura! Me decías: Ven, hijo mío; ven y sígueme. No me

busques a través de los libros y de las tradiciones. No preguntes a sabios ni a sacerdotes cómo soy y qué ansío. No inquieras de gobernantes y doctores cuál es mi voluntad, ni qué me debes. No preguntes a nadie, no te preguntes ni a ti mismo, porque te engañará el orgullo; deja, simplemente, que hable tu corazón; simplemente, abre tus ojos y mírame; fija tus oídos, y escúchame; estáte ahí, quieto, y deja que te inunde mi luz. De día, búscame con los ojos del cuerpo; de noche, búscame en tu alma, y así sabrás mi voluntad, que es amarte, y que tú ames. Y verás que no me debes más que una cosa, y es sentir que *yo* soy tu padre, y que tú eres mi hijo y que todo hijo mío es hermano tuyo!

Hijo mío, no me erijas ya templos, ni me recites oraciones, ni construyas teorías en torno de mi nombre. ¡Yo soy, únicamente, luz, y quiero, únicamente, amor!

*
* *

Sí, Helios, sí, comprendo: al fin comprendo, y desde ahora seré libre; entre tú y mi conciencia no habrá ya intérpretes, ni tradición, ni códigos, ni sacerdocio, ni templo, ni historia, ni ciencias, ni tiranía de hombre en forma alguna, sino mi espíritu ansioso y humilde, abierto al

soplo de tu Espíritu Santo. Yo soy desde ahora el sacerdote, el templo y el adorador, y tú eres el Dios, la Gracia, la Ley, la Luz, el Amor.

Yo soy tu hijo, y tú eres mi padre.

X I

NECESITARÁS un culto. Aunque te sirva de templo la montaña, y tu pecho sea el santuario, y sacerdote tu propio corazón, necesitarás un culto.

El hombre no sabe ni puede callarse. Cuando ama, quiere que lo sepan el viento y las nubes; cuando adora, quiere que le acompañen todas las criaturas. Si sufre, lo han de decir sus lágrimas; si goza, lo ha de proclamar su risa; si sueña, lo ha de insinuar su canto.

Y no menos que el hombre, todas las criaturas necesitan y anhelan decir lo que vive y se agita en su alma: ¿qué son las alas de la mariposa? La revelación de su triunfo; lo que soñó en la oscuridad del capullo; lo que ganó con la resurrección. ¿Qué dice la blancura de la nieve? Dice lo que vio allá en lo alto, en la pureza y en el esplendor de las cimas. ¿Qué dicen la pa-

lidez y el susurro de las hojas? Dicen la tristeza de haber dejado el árbol.

Por eso, toda idea se hará palabra; toda emoción se hará color, himno o endecha; toda esperanza se volverá sonrisa; toda fuerza se volverá centella, y toda debilidad se hará vacilación y palidez.

Necesitamos un culto, porque nuestra suprema necesidad es salir de nosotros mismos y que los otros seres participen de nuestra vida. ¡Comunión!, esto anhelan el hombre, la piedra y la nube, y por eso buscan ansiosamente una forma, una expresión de su vivir interno.

*
* *

Necesitarás un culto. Mas cuida de que no se diseque o petrifique en formas muertas o marchitas, y sobre todo, que el vaso no se quede vacío. Lo que importa es el vino: si es puro y generoso, tanto da que lo escancies en un ánfora de oro, en un búcaro de cristal, en la concha de un caracol, en una vasija de barro, en una humilde calabaza, o en la oquedad desnuda de tu mano. Lo que importa es el vino: lo que importa es que todo salga de tu corazón; que si oras de pie, arrodillado, tendido en la arena de la playa, o viendo desde tu lecho, por la ventana abierta,

las profundidades del cielo, tu alma se encuentre de rodillas.

Toda nuestra vida exterior es culto: se elevan los ojos, sin pensarlo, cuando rogamos o damos gracias; se doblan nuestras rodillas cuando imploramos o adoramos; cae y rueda por el suelo nuestro cuerpo cuando una pena insufrible nos retuerce; nos sentamos con las manos quietas y el semblante grave, cuando investigamos cosas hondas; y si nos oprime la melancolía, nuestras sienes buscan el consuelo de nuestra mano. Toda emoción, pensamiento, ensueño, volición o figuración, buscan inmediatamente su expresión corporal, y uno de los dolores grandes y venenosos de la vida, es verse obligado a llevar una máscara y a encerrar en la celda más secreta del alma, aquel ritmo que lucha por salir y revolar en torno de nosotros, y decir a los cuatro vientos su íntimo mensaje. ¡Bienaventurado el que no tiene nada que ocultar, y vive, transparente, como los cristales del manantial!

*
* *

Pues ¿cómo la emoción religiosa habría de pasarse sin culto? ¿Cómo no dar forma a la emoción que viene de lo más hondo del espíritu —de tan hondo y tan lejos, que a veces sentimos

su aleteo venir de más allá de nuestro sér, y aun de más allá de nuestra existencia presente? Canto, danza, pintura, música, escultura, arquitectura y poesía; línea, masa, color, y aroma, y sonido y movimiento en formas infinitas, aún no alcanzan a decir nuestra voz interior, cuando la emoción religiosa, sincera y profunda, habla en nosotros.

Por mí, fuera de las grandes catedrales góticas, ningún edificio alcanza a infundirme el sentimiento de la divinidad; ninguna pintura me dio jamás la conmoción del misterio; ninguna escultura me hace pensar en *Aquel* que es todo Luz y todo Sombra. A mí sólo la música de los grandes maestros creyentes me sumerge en las aguas de la adoración. Y aún mejor, la música de la montaña, la de la tempestad, la de la selva y la del viento. Para mí, ningún templo vale como un rincón del bosque, donde los troncos gruesos y altos se elevan al cielo como un haz de columnas; ningún altar como la cima del monte, dorada por la aurora o por los celajes de la tarde muriente. Un horizonte dilatado, visto desde la cumbre de la sierra, es para mí la expresión íntegra de la emoción religiosa, y el silencio bajo los grandes árboles, en el corazón de la selva, me sirve para orar como ninguna otra forma de oración.



Necesitarás un culto. Helios también quiere ser adorado: él, que es ritmo, color y canción; él que en todo momento delinea y colora, e imprime gracia y fuerza en las cosas; él, que sin cesar ilumina e irisa las nubes, los pétalos y las alas, él, también, ha de ser adorado.

Mas, ha de ser adorado *en espíritu y en verdad*. De adentro ha de venir la adoración y en obras ha de cristalizarse. Sólo el que *vive* sus pensamientos, adora plenamente, sólo el que realiza su ideal, es de verdad creyente; sólo el que *“hace la voluntad del Padre”*, es su hijo. Nazca en tu corazón, bullente y viva la emoción religiosa; crezca como una flor que ansía brotar al aire y a la luz, y entonces, tomará forma, y surgirá plena de fragancia y esplendente de color. Mas si la flor fue modelada afuera, con papel y tijeras, por más finamente que la recortes y más esmeradamente la barnices y la perfumes, ésa no es una flor; ésa será una forma muerta, una mentira, un ídolo.

Ahora, ve, pues, que tu culto no sea una mentira; que sea como la flor, el desbordamiento de los anhelos de la planta; que sea como el canto del pájaro, el exceso de amor que no alcanzaron

a decir sus alas; que sea el doloroso ímpetu del alma, que ansía volverse carne y sangre.

Helios quiere ese culto así: así le adora el mar, cuando extiende la blancura de sus espumas y los zafiros de sus ondas; así el torrente, cuando le canta desde el corazón de la montaña; así el viento, y así el árbol, y el pájaro, uno con sus sonantes himnos, aquél con la plegaria muda de sus ramas suplicantes, y éste con sus modulaciones y sus vuelos.

¡Ruega, ruega con todos sus anhelos! ¡Adora con toda tu mente! ¡Aspira con todo tu espíritu! Anhela, aspira, ruega, hasta que en un momento sin igual, sientas que El ha venido a ti; que ha descendido a ti; que te ha envuelto, y te impregna como el aroma del incienso y como la esencia de la rosa. Y así sabrás lo que es adorar *en espíritu y en verdad*.

Y entonces, ya no te cuidarás para nada del culto, de la actitud que tomará tu cuerpo al adorar, ni del lugar a donde irás para adorar. Eso vendrá ello solo, por añadidura, y será, ciertamente, en la más bella forma y en el más santo lugar del Universo. Porque nacerá de la verdad de tu alma, de la profundidad de tu alma, como nace el resplandor de la estrella, como nace el trino de la garganta del pájaro, como nace el su-

surro de las ramas del pino, como nace la espuma del vaivén de la onda.

Y entonces, comprenderás que el Universo entero es un templo; que tu corazón es un santuario, que tu espíritu es un sacerdote, y que el incienso para el altar, lo da tu pensamiento.

XII

ENTONCES, cuando los hombres adviertan que adoras a Helios, y que los únicos resortes de tu vida son el amor y la verdad; cuando vean que no reverencias a ninguno de sus ídolos; que no aborreces al extranjero; ni amasas riquezas con el hambre y la fatiga de tu prójimo; ni buscas el dominio para oprimirles; ni asesinas a las pobres bestias para alimentarte de su sangre, ni le impones a nadie tus creencias; ni haces leyes ni dogmas de tus concepciones de la vida; cuando vean que no adoras la patria, ni la familia, ni la tradición, ni el despojo, ni la propiedad, ni la guerra, ni la vida sensual; cuando vean que no crees en la necesidad de la prostitución y en la santidad del dinero, y que tu dios, tu único Dios es el resplandor de Helios a través de tu propia conciencia . . . , entonces te pondrán en una cruz.

Mientras vean los hombres que hablas de amor y de concordia —*que hablas únicamente*—, sin que tus palabras trasciendan a tu vida, te dejarán en paz, y aún te alabarán y honrarán, pues los hombres gustan de las bellas palabras y de las frases biensonantes. En el mundo, se conquista gloria diciendo bellas cosas; mas haciéndolas, si además fueran santas, no se conquista sino la cruz.

Por esto, cuida de que tu perfección no deslumbre; cuida de que tu resplandor no ciegue, porque los hombres temen y aborrecen la claridad intensa. A los hombres les atrae y encanta una media luz, una opacidad que parezca luz, a cuyos débiles fulgores los vicios parezcan virtudes y el egoísmo se confunda con el desprendimiento. En una semiluz, las manchas de los hombres parecen pequeñas estrellas, y en ciertos momentos se nos figuran destellos de Sirio. Por eso aman las frases, las acciones heroicas, la limosna, la obediencia a las leyes, las virtudes políticas, el respeto a la tradición y la conformidad al qué dirán. Sobre todo, aman los hombres la moral, que es ajustar uno su vida a todas las ideas y sentimientos mediocres aceptados y acariciados por las almas cansadas y por las conciencias perezosas. Bajo la costra honorable de la moral, todo cabe —hasta lo más cruel y más infame—,

porque la aceptación de la masa reviste de un tibio resplandor lo que en sí es tinieblas y hediondez.

— Mas la santidad, que es darse entero; la perfección, según el Padre, que es vivir para los demás y que los demás vivan en uno: la plenitud, según Helios, que es hacerse todo luz, amor, sencillez, ingenuidad, y eso sin medida, sin limitación, en todo y para todos, eso no es grato a los hombres, sino que lo abominan y execran; porque a los esplendores de una luz así, se ven en toda su mentira y su fealdad la tibieza de su amor, la neblina de su verdad, el egoísmo de su desinterés, el lucro de su religión, el odio de su perdón, el orgullo de su humildad, la vacilación de su fe y el miedo de su esperanza. Y también, porque comprenden que si realizaran en sí la luz intensa de Helios, la perfección según el Padre, dejarían de ser hombres y se convertirían en ángeles, en dioses. Y al hombre le espanta la idea de dejar de ser hombre. Mientras sea hombre, domina, explota, oprime, corrompe, tiraniza y succiona. Si llegara a ser ángel, ya no podría sino amar —y eso le horroriza al hombre. . .

— Así, ¡guárdate!, pues cuando los hombres comprendan que tu luz es plena y verdadera; que no es sólo frase sino vida, te crucificarán.

Siempre que alguno se atrevió a realizar la luz, a ser perfecto, los hombres le crucificaron. . .

De tarde en tarde, Helios envió para salvarnos algunos de sus hijos más altos, algún divino espíritu solar, de los que viven a su diestra: Mahatma, Jesús, Krishna, Pitágoras, Sócrates; y siempre, cuando los hombres comprendieron que era un Mensajero de la Luz, que podía libertarles enteramente de las tinieblas, se llenaron de espanto y de cólera, y les crucificaron. Porque los hombres aborrecen la plenitud del Sol.

Mas yo te digo, *guárdate*, no para que te escondas, sino para que no te sorprendas; no para que huyas de la cruz, sino para que vayas en su busca, consciente y valerosamente; porque sólo cuando te lleven a la cruz podrás estar seguro de haber alcanzado la perfección. Ser crucificado es la señal visible y cierta de haberse convertido uno en Sol, en Cristo, en Hijo del Padre, en hombre-dios.

¡Ah, no! Los hombres no te crucificarán mientras por algún lado de tu flaca naturaleza te puedan mantener sujeto a sus cadenas. Mientras en algo cedas al miedo, al amor de la gloria, al dinero, a la vanidad, a la seducción del poder y de la carne, al prestigio de la opinión, al dogma de la patria y de la ley, al servilismo de la tradición, al yugo de la moral, de la familia y del

gobierno; mientras creas en eso y lo acates aunque sea un ápice, no te llevarán a la cruz. La cruz, es para los hombres libres, para los que dicen con íntima certeza: ¡Dios en las alturas, y mi conciencia después de Dios! La verdad te hará libre, dice Jesús; y yo te digo: y el ser libre te llevará al suplicio.

Mira de frente desde ahora el calvario; no lo provoques, pero no lo esquives: acostúmbrate a ir extendiendo tus miembros sobre la cruz, y a que te los traspasen con los clavos del escarnio, de la incomprensión, de la calumnia, del insulto, de la burla y de la opresión. Ensayá a ceñirte desde ahora la corona de espinas, y a que sus dardos te atraviesen las sienes. Así, únicamente, irá creciendo en ti el valor y la resolución de hacerte luminoso. Y así, cuando llegue la cruz, en cualquiera de las mil formas que le han dado los hombres, te hallará apercibido, y aquellos que te crucifiquen, verán en tu faz la sonrisa, y la gloria nimbarte las sienes. Y cuando traspasen tu costado, saldrá de él agua viva que les abra los ojos; y cuando se apresten a oír tus gritos de socorro, llamando a Elías, oirán que estás cantando y loando a Helios, por haberte iluminado, por haber descendido a ti, por haberse confundido contigo.

Y entonces exclamarás gozoso y radiante: todo

está consumado; toda impureza se ha consumido en mí; mi corazón se ha vuelto luz, y mi espíritu ha recobrado sus alas.

Y entonces los hombres, los que te miren al pie de la cruz, dirán asombrados: ¡En verdad, éste era hijo de Dios!

Y esa luz penetrará en su noche, y suscitará nuevos hijos a Helios, nuevas rosas para el jardín celeste.

Este libro se terminó de imprimir el 30 de julio de 1963, en los Talleres de la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, C. A.

